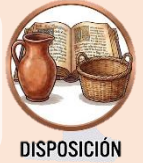


RETIRO SEPTIEMBRE 2026

Encarnar la pobreza evangélica a la luz de la Palabra y alimentadas con la Eucaristía

Ambientación del lugar:

Cerca del Altar: Una Biblia abierta y un cántaro o canasta vacía, expresando la disposición a vivir con las manos abiertas y en la verdad.



¡Hermanas, qué regalo tan grande detenernos a orar juntas!

Iniciemos descansando en brazos de nuestro Señor. Acojamos el Salmo 23 como una caricia de Dios para el alma. Dejemos que el Buen Pastor nos recuerde que,teniéndolo a Él y teniéndonos como hermanas, verdaderamente nada nos falta:

El Señor es mi pastor, nada me puede faltar.
El me hace descansar en verdes praderas,
me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el recto sendero,
por amor de su Nombre.
Aunque cruce por oscuras quebradas,
no temeré ningún mal,
porque tú estás conmigo:

tu vara y tu bastón me infunden confianza.
Tú preparas ante mí una mesa,
frente a mis enemigos;
unges con óleo mi cabeza y mi copa rebosa.
Tu bondad y tu gracia me acompañan
a lo largo de mi vida;
y habitaré en la Casa del Señor,
por muy largo tiempo.
(SALMO 23)



La parábola del cántaro y el manto

Cierta viajera caminaba hacia un manantial abundante siguiendo el mapa que su padre le había heredado.

El camino era largo, pero el padre le había asegurado: "Nada te faltará si caminas ligera y confías en la fuente".

Sin embargo, conforme caía la tarde, la viajera comenzó a sentir un frío helado en las manos y a escuchar rumores de sequía. Un miedo silencioso creció en su pecho: "¿Y si el manantial se seca? ¿Y si me enfermo en el trayecto y nadie me cura?". Sin que sus compañeras de viaje lo notaran, comenzó a guardar trozos de pan duro en los dobleces de su manto y a llenar un pequeño cántaro privado con agua del camino, escondiéndolo en su bolsa.

Con los días, el manto se volvió pesado y rígido por los panes viejos acumulados, y el cántaro oculto golpeaba torpemente sus costados al caminar. La viajera ya no disfrutaba el paisaje ni la compañía del grupo; su atención estaba fija en evitar que las demás descubrieran su reserva secreta o se la pidieran. Se sentía fatigada y sola. Lo curioso era que el pan guardado terminó enlamándose y el agua del cántaro se volvió turbia por la falta de corriente. Todo por el temor a un mañana desamparado que aún no existía.



Para profundizar



¿En qué momentos de la vida religiosa se siente ese "frío helado" o miedo a quedarse desprotegida, enferma o sin recursos ante el futuro?

¿Qué representa en el día a día el "pan duro" o el "cántaro oculto"?

¿Cómo afecta ese temor la paz interior y la confianza transparente en la comunidad?



Al contemplar la figura de la viajera que guardaba con afán los panes en su manto, vemos que detrás de sus manos apretadas y de su reserva oculta no hay mala intención, hay un corazón que ha sentido el frío del miedo, la incertidumbre ante la desprotección o el recuerdo amargo de vivencias donde faltaron la delicadeza, la equidad o el cuidado fraterno.

Cuando la vivencia de la pobreza ha dejado en nuestra comunidad cicatrices o sombras de desconfianza, sabemos que la rigidez de las normas no devolverá la paz al alma. Solo el bálsamo del amor y la calidez de la ternura tienen la fuerza de sanar el tejido fraterno.

1. Fundamentación desde la Biblia

En este mes dedicado de manera especial a las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios nos revela que el miedo a la falta de sustento o a la falta de apoyo comunitario solo se vence cuando el corazón experimenta la seguridad del amor de Dios y de las hermanas.

La luz del Evangelio llega hoy a nosotras para acariciar con suavidad aquellas zonas donde nos hemos sentido vulneradas o desamparadas. El Señor nos invita a dejarnos tocar por su gracia para sanar las heridas del pasado y recuperar la confianza mutua, descubriendo que la verdadera seguridad nace de sabernos cuidadas, valoradas y sostenidas por el Señor a través de la comunidad. El apóstol San Juan nos muestra la clave para sanar la confianza rota: *«En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor...»* (1 Juan 4,18).

Cuando en la vida comunitaria ha faltado la ternura o se han vivido actitudes que generaron inseguridad en materia de pobreza y bienes, el miedo tiende a hacer que nos aislemos y aseguremos nuestros propios panes. Sin embargo, Dios nos atrae rodeándonos de afecto maternal. En el libro del profeta Oseas, el Señor nos describe el verdadero rostro de su providencia y del cuidado mutuo: *«Yo los atraía con lazos humanos, con ataduras de amor; era para ellos como los que alzan a una criatura contra sus mejillas, me inclinaba hacia él y le daba de comer»* (Oseas 11,4).

La Palabra de Dios nos enseña que el cuidado de las necesidades materiales y espirituales de cada hermana debe hacerse *a la altura de la mejilla*, es decir, con cercanía, delicadeza y consideración humana, para que nadie vuelva a sentir la necesidad de ocultar o guardar por miedo al abandono.

2. Fundamentación desde el Magisterio de la Iglesia

El Magisterio de la Iglesia, de la mano del Papa Francisco, nos recuerda con insistencia que la verdadera sanación comunitaria y el testimonio de pobreza nacen de la ternura fraterna que refleja el rostro de Dios. La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* nos invita a acudir a la fuente del amor para recomenzar sin amarguras: *«Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría.»* (Evangelii Gaudium, n. 3).

Frente a las heridas causadas por fricciones o desencuentros en la vida común, el Magisterio nos propone sanar el modo de relacionarnos, transformando la comunidad en un espacio contemplativo donde cada hermana sea valorada en su dignidad sagrada:

«Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno» (Evangelii Gaudium, n. 92).

Esta mirada amorosa tiene su modelo perfecto en la Santísima Virgen María, quien nos muestra que la pobreza evangélica no es sequedad ni frialdad, sino calidez de hogar: *«Cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque «derribó de su trono a los poderosos» y «despidió vacíos a los ricos» (Lc 1,52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia»* (Evangelii Gaudium, n. 288).

3. Fundamentación desde nuestra Espiritualidad

En el marco de la celebración del Primer Sagrario, la Eucaristía se presenta como la máxima manifestación de pobreza y de confianza. En el Sagrario, Jesús no guarda nada para sí; se entrega sin reservas y sin defensas en nuestras manos.

Al alimentarnos con la Eucaristía, no solo recibimos el Pan de Vida, sino que aprendemos la pedagogía del Sagrario: Jesús confía en la Iglesia y en cada una de nosotras a pesar de nuestras fragilidades. Mirar el Sagrario nos sana, porque nos muestra a un Dios que se hace pobre por amor y que nos convida a una mesa donde todas tenemos un lugar asegurado. La Eucaristía nos sana del temor a quedarnos sin nada, pues en Cristo lo tenemos todo, y nos capacita para ser, entre nosotras, un pan partido con delicadeza y ternura.

Siguiendo la herencia espiritual que nos legó nuestro Fundador, el padre José Ochoa Gutiérrez, la mística de la Sagrada Familia de Nazaret nos ofrece el marco perfecto para comprender la pobreza evangélica desde las relaciones humanas profundas, sencillas y comunitarias: *“La Familia de Nazaret es el modelo de nuestras comunidades por que ahí se vivió de modo admirable el Evangelio de la comunión y la fraternidad”* (EF).

En la casa de Nazaret, San José, la Santísima Virgen y el niño Jesús vivieron una pobreza auténtica, trabajadora y confiada en la Providencia, donde lo más valioso era el amor, la ayuda mutua y la paz del hogar. La pobreza no fue motivo de tensión, de desconfianza ni de aislamiento.

Nuestra espiritualidad como Operarias de la Sagrada Familia nos llama a hacer un refugio donde las relaciones interpersonales sean profundas y humanas. La verdadera pobreza evangélica a la que estamos llamadas consiste en despojarnos de las actitudes defensivas, de los juicios hacia las hermanas y del miedo a confiar.

“Como Jesús en el Familia de Nazaret, buscamos fortalecer los lazos de amistad, confianza y espíritu de participación, aportamos los valores personales en compromiso al proyecto común, asumimos nuestra historia para crear una nueva forma de vivir en comunidad: la novedad del amor y del perdón, del encuentro y la comunión” (Dir. 28)

Sanar la confianza comunitaria significa volver a Nazaret, donde la simplicidad de vida abría espacio a una acogida fraterna sin reservas, donde el pan de cada día se compartía con la alegría de saber que la familia es, ante todo, un lugar donde todas nos sostenemos mutuamente.



Experimentar que el Señor nos ama y nunca nos abandona nos libera del miedo y de la necesidad de protegernos. La transparencia y la verdad son frutos espontáneos de sentirnos seguras, amadas y cuidadas en nuestra propia casa. Como respuesta libre a este amor, nos invitamos a cultivar juntas estas actitudes fraternas:

- **Humildad:** Animarnos a pedir con confianza lo que necesitamos para la vida o la misión, sabiendo que entre hermanas estamos para ayudarnos mutuamente.
- **Transparencia:** Manejar y compartir con claridad los bienes que se nos confían, caminando con la ligereza de un corazón sostenido en la verdad.
- **Escucha respetuosa:** Libre de juicios, siendo para las hermanas un refugio donde sus fragilidades sean acogidas con ternura.
- **Desapego:** Dejar ir con libertad aquello que hayamos guardado por temor al mañana, confiando plenamente en la Providencia de Dios y en la comunidad.

Plasmamos estas actitudes en un lugar visible de nuestra casa, para recordarlas y vivirlas durante el mes.



En nuestro próximo retiro de **octubre**, nos reuniremos para compartir y evaluar con gratitud el camino recorrido a través de las cuatro actitudes clave: humildad, transparencia, escucha respetuosa y desapego:

¿De qué manera la vivencia de la *humildad*, la *transparencia*, la *escucha respetuosa* y el *desapego* nos ayudó este mes a sanar las heridas del pasado y a fortalecer la confianza en nuestra comunidad?

Al concluir la evaluación enviaremos por comunidad a la Hna. Superiora General una breve síntesis sobre los frutos y vivencias de este retiro.



Adoración al Santísimo

Concluimos el retiro ante el Santísimo Sacramento, celebrando a Jesús que sana nuestros temores, restaura la confianza y nos reúne como familia en su amor.

Oración

Te damos gracias por este retiro, por tu Palabra que nos sana y por la Eucaristía, donde te nos entregas sin reservas. Gracias porque tu amor perfecto nos libera del temor y cura las cicatrices del pasado. Ponemos en tus manos nuestro deseo sincero de cultivar la humildad, la transparencia, la escucha respetuosa y el desapego. Sana de raíz cualquier desconfianza y haz de nuestras comunidades un reflejo del hogar de Nazaret, donde reine la paz, la verdad y el cuidado fraterno. Acepta nuestra gratitud y renueva en nosotras el gozo de ser tus Operarias de la Sagrada Familia. **Amén.**

Momento de silencio

Nos acercamos al altar y con las palmas de nuestras manos abiertas hacia arriba como signo de entrega, en silencio ofrecemos al Señor nuestra disponibilidad y apertura, confiadas en su Providencia. Concluimos con la oración del Padre nuestro. Terminamos con un abrazo fraterno de paz.